B.S.O.D (Blue Screen of Death)

Vic C. Castella

Image not found.

Capítulo 1

B.S.O.D.

(Blue Screen of Death)

por Vic C. Castella

#Log001_Escape.log

Led verde apagado. Desconexión de link realizada.

El arma definitiva, ataviada con la imagen de una adolescente de pelo largo y liso, se quita la diadema de conexión al tiempo que inclina la cabeza sobre el respaldo de su butaca con gesto agotado.

Pasa los dedos escuálidos a través del cuero cabelludo como filos de arado sobre un campo de trigo tostado. Los ojos cerrados comienzan a asomar bajo pesadas persianas de plomo. La luz helada del monitor se hace presente como un todo uniforme que no permite distinguir los elementos que habitan en la pantalla.

Un recelo. Algo ha ido mal esta vez, al menos esa es su sensación. A primera vista todo parece en orden y, como es habitual, los datos han sido descargados con un 100% de integridad desde el servidor objetivo hasta su disco lógico, situado en un lugar indeterminado de la red. Trazar la ruta del servidor a través de los nodos no ha supuesto mayor quebradero de cabeza y la complejidad del cortafuegos era similar a la de un puzle de tres piezas. “Ahí está”, piensa ella, “demasiado sencillo

tratándose de tan suculento botín”. Lo medita un milisegundo.

No hay tiempo para divagar, hay que salir pitando de aquí.

Arranca a toda prisa el disco externo y los periféricos de conexión de su estación de trabajo y los arroja dentro de una bolsa de tela negra que cuelga de la butaca. Como limpiando el polvo de la superficie del escritorio, arrastra la palma de su mano y barre los chips de memoria hacia el interior del saco. Abre el segundo cajón bajo la mesa y acierta a sacar un par de billetes, los cuales se afana en guardar en el bolsillo trasero de su pantalón. Piensa en el overol que lleva puesto y se pregunta si será suficiente allá afuera, bajo el frío húmedo de la madrugada, pero prefiere no gastar su tiempo en asuntos estéticos y salta en dirección a la puerta de su apartamento.

Ya con un pie fuera se toma un segundo para girar su mirada una última vez hacia el interior. Se despide de la que ha sido su casa durante las últimas 3 semanas, todo un récord de permanencia.

Ciao, querido, un placer habitarte. Hasta nunca--. Fundido a negro.

La oscuridad ha caído sobre la ciudad como un yunque arrojado desde un rascacielos y el único brote de fulgor blanco proviene del minúsculo ventanal al fondo del pasillo. Macuto al hombro, la joven apura el paso hasta las escaleras adjuntas. Al llegar a la ventana se detiene y escucha; hay calma aparente ahí fuera pero mejor será no dormirse en los laureles, piensa. Cualquier precaución es poca y el hecho de salir caminando por la puerta principal sería cuanto menos una temeridad, así que desplaza la ventana de aluminio verticalmente por sus guías hasta dejar una abertura suficiente para poder deslizarse hasta las escaleras de emergencia. Pierna derecha primero, flexión abdominal y pierna izquierda finalmente; el “clank” sobre la plataforma de acero retumba en las paredes del callejón. Hay unos 6 pisos hasta llegar a pie de calle así que procura combinar velocidad y discreción en la misma medida. Comete el error, por las prisas, de saltarse escalones de dos en dos de vez en cuando, con el consiguiente chasquido metálico de los escalones oxidados. La humedad de los mismos le juega malas pasadas y la somete al riesgo de abrirse la cabeza en cualquier descuido. Finalmente, doscientos cincuenta escalones más tarde alcanza a pisar la seguridad del asfalto.

La vertiginosa altura de los edificios del Sector Central provoca que las calles interiores parezcan estrechos senderos que atraviesan un bosque de secuoyas de hormigón. Contenedores de desperdicios corroídos y algunas farolas en huelga conforman el único mobiliario urbano. Bajo los pies de la joven los numerosos charcos hacen esfuerzos estériles por dar reflejo a los gigantes de concreto a ambos lados de la calle. El vaho tibio explota en el aire cada vez a más velocidad a medida que los pasos aumentan el compás. Como era de esperar no hay ni Dios en las calles a estas horas de

la madrugada, pues salvo en las zonas de ocio nocturno nadie se aventuraría a pasear por estos barrios de mala muerte a no ser por una emergencia o por un caso de fuerza mayor; yonquis, putas y pandilleros son las especies más habituales que uno puede encontrarse a ciertas horas en este bioma decrépito y decadente, pero ni mucho menos las más peligrosas, pues es común en el sector oír historias de gente corriente asaltada en plena calle a la cual han dejado sin hígado, riñones o incluso sin sangre en las venas. Las madrugadas de Ciudad Terminal se han convertido el último grito en experiencias extremas, en un deporte de aventura salvaje solo apto para dementes, masoquistas o insensatos con ganas de acabar en una bolsa de basura colmada de sangre, vísceras y otros despojos humanos.

De repente, un escalofrío. Un tamborileo de pies sobre la calzada se incorpora a la banda sonora de la noche. Sin girarse, trata de averiguar cuántos y a qué distancia se encuentran. "Dos personas, unos quince metros. Mierda". Apura el paso. El siguiente cruce de calles se le presenta de repente como una decisión a vida o muerte: doblar en la siguiente calle y aprovechar los segundos de invisibilidad proporcionados por la prominente esquina para correr fuera del alcance de sus perseguidores; ¿quizás continuar recto por la avenida? "Muy mala idea". Como un destello le viene a la mente la imagen de un pasaje entre edificios, en esa misma calle, un poco más allá del cruce de avenidas. Con suerte una escalera de incendios o un par de contenedores de electrobasura podrían convertirse en poderosos aliados. Sus pies le dictan el camino. Los pasos aumentan de cadencia a su espalda. Su mente suplica haber tomado la decisión correcta. Tras cruzar la intersección divisa, a unos 10 metros, la entrada al pasaje.

Con cierto alivio identifica un corrompido contenedor de aluminio, adjunto a una malla metálica que divide en dos partes desiguales la lóbrega callejuela. Ni rastro de escaleras de emergencia, pero la enorme caja metálica debería servir, por lo menos, para llegar al otro lado. El inconfundible olor a mascota en putrefacción se hace más notorio cuanto más se adentra en la oscuridad. Pequeños ríos de orina y combustible se entrecruzan entre las paredes y el suelo y recorren con intensa pestilencia la estrecha geografía del lugar. Los otrora refulgentes grafitis de las murallas luchan en vano por resurgir de las tinieblas como suplicantes y lamentables almas en pena. Apenas una bombilla naranja oscuro arroja sus débiles gritos de luz sobre el sombrío pasillo.

La chica alcanza el depósito de desperdicios. La humilde extensión de sus extremidades la obliga a esforzarse al máximo para coronar la cima, primero con la flexión de sus brazos, más tarde con el bombeo de sus bíceps y tríceps y finalmente con la propulsión de sus piernas sobre el metálico objeto. Todavía de cuclillas sobre la chapa oxidada atisba, con terrorífico desconsuelo, la silueta de un hombre armado en la salida del pasadizo. La amenazadora hechura de un gran machete de combate

sobresale de la estática figura, que parece dibujar una resplandeciente sonrisa de pérfida satisfacción al divisar a su inminente presa.

—La pequeña ratita creía que podría escapar por la alcantarilla…—. La silueta repasa el filo de la gigantesca navaja con su dedo índice.

Aterrada, la joven gira su cuello hacia la entrada del callejón y reconoce, muy a su pesar, a dos risueños hombres armados con cuchillos adentrándose lentamente en la negrura. Se cierne sobre ella la certeza de que al fin, después de múltiples y azarosas huidas, un cruel e inevitable destino ha llegado, finalmente, a su encuentro. El callejón parece convertirse en un instante en un estrecho anfiteatro en el que las débiles luces comienzan a apagarse sosegadamente y a anunciar que ha dado comienzo el trágico final de la obra.

Hasta que un quinto personaje aparece sobre el escenario.

Un ensordecedor estallido retumba al otro extremo del pasaje. La joven da un respingo y alcanza a observar como una lluvia de fuegos artificiales sale despedida del cuello del enorme matón del machete, como un volcán de pirotecnia expulsando un flujo piroclástico de sesos y diminutos pedacitos de cráneo. El sujeto, sujetando aún con nervio su grotesca espada, se tambalea unos segundos hasta desplomarse sobre su portentoso pecho.

Sentada con sus posaderas sobre el frío metal, la chiquilla retrocede por instinto hasta apoyar su espalda contra la pared de ladrillos. Está en shock, con los ojos fijos en la sombra que se acerca a toda velocidad hasta su ubicación, la cual acaba de superar de un salto el cadáver ardiente del desventurado guerrillero y que se encarama, en un milisegundo, sobre el ruinoso container.

Dos botas de ingeniero se anclan sobre el metal, seguidas por dos columnas de granito flexionadas y en perfecto equilibrio. Un poco más arriba, dos brazos en perfecta tensión sujetan una enorme desert eagle calibre .44 mientras la arqueada espalda se prepara para amortiguar la siguiente sacudida.

Los dos asaltantes perseguidores, sorprendidos y aterrados ante los inesperados acontecimientos, visualizan en sus mentes por un instante sendas lápidas con sus nombres y con un epitafio que reza “Aquí yace un don nadie”. En un impulso uno de ellos hace ademán de sacar su beretta del bolsillo interior de su gabardina, una prenda negra de cuerina sintética de corte medio sin abrochar, ideal para esconder un arma de un tamaño medio. El BOOM llega justo antes de que su codo comience a dar indicios de retroceso y un agujero negro sideral se genera en un tris entre el húmero y el tándem cúbito-radio del desdichado delincuente, quedando la malograda extremidad extendida y colgada del bolsillo, como el minutero

de un reloj marcando menos veinte. El dolor extremo catapulta su cuerpo hacia el pavimento.

Sin vacilar, dos balas más son eyectadas con monstruoso estruendo y alcanzan con precisión de relojero el pecho del segundo despojo humano, el cual embobado con el trabajo de manicura desempeñado en su compañero no advierte la fiesta de cumpleaños que está a punto de celebrarse en su caja torácica.

Terminada la función,el virtuoso solista relaja su postura y guarda su stradivarius mortal en una cartuchera de cuero gris atada a su cadera. Pasa una mano sobre su cabello corto y busca con la mirada la ubicación de la joven, quien se encuentra con los brazos cruzados sobre sus escuálidas piernas, los ojos en blanco mirando a través de mil muros de ladrillo sin ver nada en absoluto. Un ligero pero desagradable latigazo en su mentón logra desvanecer la niebla que bloquea su panorama. Una mano se le ofrece en la penumbra.

—Soy lo mejor que puede pasarte en diez manzanas a la redonda. Salgamos de aquí.

Tras dudar medio segundo acepta la mano como una opción plausible y se incorpora de un brinco. Ambos sujetos descienden prestos hacia la salida del callejón. Al doblar la esquina una motocicleta de alta cilindrada los espera como un perro faldero que aguarda a su dueña a las puertas de una panadería. Con la ayuda de un diminuto control remoto el hombre abre la compuerta del maletín trasero y saca un casco que ofrece, sin dilación, a su nueva compañera, la cual lo sujeta entre sus manos y lo examina como Darwin debió hacerlo con una exótica nueva especie.

Antes de arreglarse el pelo y colocárselo en la cabeza dirige una mirada, por vez primera, a los ojos del salvaje guerrero nocturno. Él advierte en ella una intención inequívocamente inquisitiva que, a tenor de los acontecimientos, le resulta sorprendentemente intrépida.

—Deja las preguntas para cuando lleguemos a destino.

Aceptado el trato, la moto da un rugido felino y despega sobre el asfalto hacia las heladas luces del horizonte de la medianoche.

Capítulo 2

#Log002_Throughput.log

Atravesados en la oscuridad por una flecha de neón azul y rojo, los edificios del sector central de la gran capital del emisferio sur contemplan la noche con la vana soberbia de un nuevo rico que ignora que su fortuna es flor de un día.

Las vías de asfalto se entrecruzan perpendicularmente por kilómetros, en un carrusel cuasi infinito de cemento, metal y luces disformes. La redonda boca de los semáforos brama insultos rojo intenso ante la desobediencia de los que desoyen sus severas ordenanzas; no hay nadie en las calles para impartir justicia a esas horas, y mucho menos para asuntos de seguridad vial.

Pocos caen en la cuenta de que el llamado "centro" de Ciudad Terminal, cuyo distrito posee el originalísmo nombre de Sector Central, no corresponde de manera alguna con la parte nuclear de la gigantesca urbe. En lo geográfico, este sector abarca una enorme extensión de manzanas que se desparraman desde más allá de los barrios bajos de poniente hasta prácticamente las puertas de los distritos comerciales centrales. Se trata del mayor amasijo de construcciones habitacionales de la capital y del lugar en el que vive más del 60% de la población de esta ciudad. Algunos años atrás, previos al célebre "reset", los locales bajos de la mayor parte de los bloques albergaban pequeños comercios minoristas de todo tipo: desde humildes talleres de reparación de electrodomésticos a microempresas de artes gráficas, colmados de guardia, estancos, farmacias, droguerías o badulaques. En la actualidad, la inmensa mayoría de estos locales se ha convertido en el refugio extraoficial de miles de menesterosos y mendigos, de adictos al crack y al disolvente, quienes encuentran refugio mientras aguardan su fatal destino a manos del shock cardiogénico o, si no son tan afortunados, a manos de algún pandillero con ganas de pasar un buen rato a costa de sus pellejos.

Los habitantes de estas moles de más de trescientas mil toneladas, torres de 40 pisos y miles de diminutos apartamentos de 20 metros cuadrados, eufemísticamente denominados "tipo-loft", son de una heterogeneidad absoluta. Entre las 4 paredes de estas pesadillas habitacionales pueden encontrarse desde matrimonios jóvenes con un par de estómagos a su cargo hasta familias numerosas, desde ancianos moribundos dejados de la mano de la fortuna hasta grupos de huérfanos que sobreviven en lo salvaje sin supervisión adulta alguna. Muchos de estos pisos dejaron hace tiempo de pertenecer legalmente a alguien, y son habitados de forma informal por el inquilino que antes los encuentre, normalmente tras la

defunción violenta del o de los habitantes anteriores. No es raro que, de vez en cuando, se escuchen en las corrientes de cotilleos y en la prensa sensacionalista noticias de pequeñas guerras desatadas dentro de los edificios entre familias, por el control y usufructo de un número determinado de viviendas. En gran parte de las ocasiones el bando vencedor termina por poseer y comerciar con todos los apartamentos del edificio, cobrando tarifas auténticamente mezquinas a quienes habitan o van a habitar el lugar. Pero se trata de un negocio como otro cualquiera.

A medida que se aproximan más y más a los barrios comerciales se comienzan a hacer notoriamente visibles las coronas de los gigantescos tótems retroiluminados de dicho sector. Aunque el skyline del Sector Comercial resulta infinitamente más bajo y desigual que el del Sector Central, la enorme carga lumínica de sus edificaciones emerge como un enorme y lechoso champiñón en medio de una pradera de pasto seco.

Las últimas calles previas a la frontera con la principal zona mercantil de Ciudad Terminal parecen coludidas, mediante las empinadas cuestas de sus kilómetros finales, con el propósito de impedir que transeúntes y vehículos huyan fácilmente de sus dominios. Los colosales muros de argamasa surgen amenazantes a banda y banda, inclinados sobre el camino con miles de ojos negros vigilando la ruta de los infelices que se atreven a abandonar su falsa tranquilidad residencial para penetrar de lleno en el lado salvaje de la urbe.

A pocos metros del final las luces se hacen virtualmente imperceptibles. Unos pasos más allá y el final del camino obra la magia, y un estruendo de luminescencia abarrota el horizonte.

Desde lo alto del Mirador del Santo Cristo es posible divisar la mejor postal en 360 grados que pueda dibujarse de esta ciudad. Y apartando lo estético, también es la postal que mejor cuenta pueda dar de las disparejas realidades sociales que en ella perviven. Al frente, la bacanal del consumismo extremo, el mayor supermercado del vicio y la violencia puesto al servicio del populacho; una orgía de luces y colores, de sonidos artificiales provenientes de dimensiones desconocidas, de gente, muchísima gente, tanta como hormigas reunidas en el funeral de una manada de elefantes.

Desgarbadas atalayas de eléctricos destellos se alzan con soberbia sobre millones de construcciones de moderada estatura, que se agrupan en círculos concéntricos similares a los anillos de polvo estelar que acostumbran a orbitar alrededor de los planetas gaseosos del sistema solar. Y en el centro de este mastodóntico aro, la enorme cúpula celeste conocida como El Domo se encumbra, imponente, mirando a los millones de desgraciados de los alrededores con soberana displicencia y recordándoles, con su mera estampa, las estériles razones de su

existencia.

El Sector Comercial limita al norte y al oriente con una caprichosa cordillera de enorme altura, frontera natural entre la ciudad y cualesquiera que sean las cosas que existan más allá de esos cerros de amenazador aspecto y de altura infinita. Visto desde arriba el panorama resulta en una especie de abanico abierto en 45 grados, cuyo mango ha sido transmutado en una enorme burbuja de vidrio color aguamarina y sobre cuyos ribetes se extienden cientos de miles de parcelas donde la vida fluye con la furia de una catarata, donde el tiempo es exprimido y compactado hasta que lo que de él resulta no es más grande que una cajita de fósforos rellena de humeantes cenizas.

Las enormes circunvalaciones de alquitrán, de al menos 8 carriles por plataforma, son la gris alfombra roja que conduce hacia el gran hormiguero, una monstruosa pista atlética construida para dar la bienvenida a los motorizados deportistas anhelantes de participar en los juegos olímpicos del dispendio y la perdición.

La motocicleta se detiene en las alturas, a las puertas del acceso a la red de autopistas. Sus ocupantes desmontan como dos jinetes tras un severo entrenamiento de enduro ecuestre, pesadamente y sobándose muslos y articulaciones.

– Mejor me cuentas ahora mismo de qué va todo esto –espeta la joven, desde el interior de su casco. De inmediato retira el armatoste de su cabeza, violentamente, dejando al descubierto una enredada y extensa cabellera ondulada.

– De nada –responde el piloto sin mirarla. Reajusta sus dedos dentro de sus guantes con suma exquisitez.

– No creas que te debo algo por liquidar a un par de rateros. Me las habría arreglado sin tu ayuda –miente.

La visera azabache del piloto la mira por fin a los ojos. Retira el casco briosamente.

– Si esos tres tipos eran simples rateros, yo soy el Ayatolá –replica átonamente. La pálida luz del las farolas compone el relato de un hombre de facciones contradictorias: la cara de un niño atacada de repente por la influencia de los años y los daños, de mirada dura y colmada de recelo.

– Ok –suspira. Mira al suelo un par de segundos antes de apuntarle con su mentón –. Supongo que alguien capaz de notar la diminuta insignia de la corporación Matsudaira en la ropa de 3 quinquis, a medianoche, en un callejón sin apenas luz mientras les vuela la tapa de los sesos no puede ser más que un agente gubernamental...o un renegado–. Extiende los

antebrazos, como esperando unas esposas.

– Supones mal –replica desganado, mientras aparta las mortecinas manos de la joven de un palmetazo. Busca algo en el bolsillo cercano a su corazón y saca un cigarrillo en dirección a sus labios –. Pero sí, esos tipos eran de la "matsu". Lo cual quiere decir que oh, querida... –apuntando a su propia cabeza con una pistola en forma de dedo – , estás de mierda hasta el cuello.

– Empiezo a sospechar que tu "rescate" no me va a salir gratis –se burla, sin poder disimular un temor en claro ascenso.

Sin dejar de observarla, el hombre prende un pitillo con un encendedor zippo galvanizado, con relieves de metal cobrizo, de imitación china. La joven hacker le da una imagen de sensual indefensión. La piel de su rostro y cuello refulge en la penumbra como un mosaico de azulejos en una cueva, y su figura, moldeada por un ajustado y modificado mono industrial de tela sintética, denota una edad más cercana a la adultez que a la pubertad.

– Te voy a ser franco. Me la suda si te buscan por cibercrimen, por desobediencia a la autoridad o por cagarte en la madre del presidente. Lo que me importa es que esta noche la corporación contabilizará tres cadáveres, y eso nos mete a ambos en un grave problema.

– ¿Vas a pedirme que confíe en ti así como así? ¿Un asesino múltiple que aparece de la nada y me pide que me suba a su moto y no haga preguntas?

– Francamente, no tienes alternativa.

– Dime, ¿qué gano yo con esto? Y, sobretodo, ¿qué ganas tú? –exclama, subiendo el tono con evidente impaciencia.

El hombre acerca su rostro a media pulgada del de la joven.

– Tú, un lugar seguro. Yo, bueno... mis honorarios.

– Cazarrecompensas –sonríe, sardónica–. A tu lado, el mío es el más noble de los oficios. Así pues, ¿cuánto te embolsas por mi cabeza?

– No seas tan engreída, no vales tanto. Considérate más como una inversión a largo plazo.

– No me interesa –replica secamente, girando en redondo y alejándose del lugar a paso lento.

– Pues es una pena –se lamenta con cinismo–. A Lourenzo se le partirá el corazón.

La chiquilla para en seco; algo se activa en su mente, como una puerta secreta que se abre tras pronunciar las contraseña correcta, como el "Ábrete, sésamo" en la cueva de Alí Babá. Se gira como un rayo.

– ¿Qué sabes tú de Lourenzo? –exhorta.

– Poco. Que te quiere conocer. Que a lo mejor tiene algún trabajito para ti.

Pensativa y con la mirada en otra dimensión, se mesa su generoso cabello ondulado. Destellos de fuego ardiente parecen reflejarse, súbitamente, sobre su melena al viento.

El motorista da media vuelta, confiado en que la semilla que ha sembrado a agarrado con solidez. Retrocede hasta su vehículo y se monta a horcajadas. Arroja al suelo una humeante colilla, se coloca el casco sobre la cabeza y comienza a anudar la correa bajó la barbilla. Instantes más tarde una fina pierna negra terminada en una bota militar aparece junto a la suya y, de inmediato, también la opuesta. El motorista no puede ocultar una leve satisfacción. Dos bracitos de obsidiana se amarran a su cintura.

– Me pides que me fie de ti y ni siquiera me ofreces un pitillo –le sermonea, lamiendo las palabras con fingida lascivia.

– Primero te salvo de unos matones. Ahora, del cáncer. Tendré que pedirle a Lourenzo que me pague el doble.

El motor arranca y, de inmediato, la saeta de neón azul y rojo se lanza con furia en dirección a su objetivo.

El Sector Comercial. Esa diana de luces infinitas, capaz de otorgar preciadas recompensas al que es capaz de darle en el blanco, y también de dispensar el peor de los tormentos al infortunado perdedor.